

## Recuerdos (1) A. C.

José Luis Brea\*

Tiempos todavía creíbles los que conocieron a un Alberto Cardín impío, feroz e implacable. Tiempos en que la cultura aún parecía una escena real, la escena de un diálogo posible, la escena de la real expresión pública del pensamiento. Tiempos ciertamente lejanos, que su ausencia hunde en la memoria de un sueño perdido, quebrado.

Tiempos de aquellas bañeras esperanzadoras, que daban la sensación de que verdaderamente, por fin, las cosas iban a poder decirse claras. Tiempos de aquéllos innumerables heterónimos de diván que repartían los latigazos fieros del último "no pasarán". Un "no pasarán" que ya nadie entona, en una escena agrisada de la cultura en que, quien más quien menos, todos hemos aprendido a sangre y fuego la conveniencia de, antes que nada, no hacerse más enemigos. Pues en efecto, ellos, todos, han pasado -y crecen en el estiércol ya indenunciable de su mezquina medianía.

Tiempos en que la dolorosa verdad del reinado de lo real parecía que dejaba grietas, hacía a uno pensar que podría habitarse en su margen, que podría imaginarse otra ley que la escribe en la carne del verdadero amante de la letra o el saber la norma de las industrias.

Tiempos sí, lejanos, pues quién es capaz a hora de encontrar la voz que se alzaría para decir "esto no es" -sino bajo el amparo de otra falsía, que libere del temor a un resto de pulsión suicida, que ya nadie se atreve a consentirse. Y no es que pretenda -lejos de mí- hacer figurar de mártir a quien simplemente supo ser real, malditamente real, a quien simplemente supo siempre decir antes sí a su propio criterio que asentimiento al obligado.

---

Profesor de la Facultad de Bellas Artes de Cuenca.

Ni, mucho menos, hacer hagiografía -ni alabanza del maldito: pues nunca él mismo se consintió tal (ni ninguna otra) truculencia.

Simplemente, es preciso decir que había en él una voz crítica implacable que -fuera por ingenuidad juvenil, fuera por la violencia de su fe en sí mismo- nunca dejó de decir lo que pensaba. O, cuando menos, tardó mucho tiempo en hacerlo -mucho más que el cualquiera de nosotros hemos empleado en aprender la importancia del silencio, de la media mentira, de la media adulación, de la media hipocresía.... de toda esa medianía que reina, que obliga.

Y así, simplemente, es preciso significar que creer en él, en lo que él fue, es todavía creer en una última posibilidad de la crítica. En una posibilidad de la crítica sin tapujos, sin concesiones, sin compadrecos, sin capillitas, sin intercambio de favores, sin que las leyes del silencio y del "hoy por tí mañana por mí" lo regulen todo, lo envilezcan todo.

En un país que toda la crítica de ensayo está hecha por ensayistas -que deben a la industria cuyos productos tendrían que poner en cuestión su propio medio de subsistencia- la implacabilidad con la que Cardín puso siempre por delante la transparente honradez y exigencia de su criterio era tan infrecuente como rápidamente -para evitar que cundiera el ejemplo del crítico libre- castigada. Y hoy, y cada día, todavía lo es más. Será por ello que me parece tan necesario elogiar en la memoria -por encima de otros muchos valores (el mismo rigor de su propio trabajo investigador, parejo al que exigía en los otros) que otros tantos amigos recordarán- ése preciso en el que fue ejemplar.

Sencillamente: fue la suya una valentía intelectual propia de grandes espíritus, de aquellos para quienes pensamiento y cuerpo son potencias de una misma lógica, para quienes viven su vida con la entrega, pasión y riesgo de quienes saben que nada podrían perder -sino lo que la cobardía les impida poner sobre el tapete.

Yo saludo la memoria de alguien que nada escatimó. Y mentiría si no dijera lo mucho que aprendí de él. Cuando menos a odiar la connivencia, incluso allí donde no se nos deja otra salida que practicarla. E invoco, desde mi radical ateísmo, a todos los dioses del materialismo de la espiritualidad absoluta, para pedir que los tiempos no se dividan también en un "antes y después de Cardín". Pues, en tal caso, no nos quedaría otro remedio que preferir aquéllos en que él firmaba aquél A. C. de brava memoria.

